

FÁBULAS PERUANAS
SELECCIÓN

Mariano Melgar



Fábulas peruanas
selección

Mariano Melgar

Mariano Lorenzo Melgar Valdivieso (Arequipa, 10 de agosto de 1790 – Umachiri, Puno, 12 de marzo de 1815) fue un poeta, reconocido también por su labor brindada a las tropas independentistas peruanas. La crítica literaria le otorga el nombre de precursor del Romanticismo literario en América, y otros apuntan que este escritor marcó el punto de partida de una auténtica literatura peruana.

Dentro de su carrera literaria se le reconoce el haber tomado como ejemplo la composición de origen popular de la época prehispánica llamada *jarawi* o *harawi*, lo que en manos de Mariano Melgar fueron los famosos *yaravíes*, cantos de tonos marcadamente sentimentales. Se sabe que el tema predominante en sus composiciones es el amor, un amor no correspondido, lleno de dolor, amargura y resentimiento. Aunque no estuvo exento de utilizar las composiciones literarias clásicas incursionando así también en escribir odas, elegías y fábulas. Su obra poética y narrativa fue reunida póstumamente, por lo que no se le conoce algún título en particular para sus obras.

La muerte lo sorprendió tempranamente. A la edad de 24 años se unió a la causa independentista. Finalmente en una de las batallas, en Umachiri, Puno, la tropa a la que pertenecía es derrotada y Mariano Melgar es hecho prisionero, siendo fusilado al día siguiente. Por esta acción se le conoce también como “El poeta mártir”.

Mariano Melgar

Fábulas peruanas
selección



Fábulas peruanas, selección
Mariano Melgar

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Fábulas (En verso)

LA BALLENA Y EL LOBO

Mirando con desprecio a cuantos peces
Pueblan el ancho mar, una ballena
Decía a boca llena:
“Todo esto es pitajaya; en dos reveses
Arrollaría estos bichos si quisiera
Y me los tragaría en un instante,
Si el mentado elefante aquí viviera,
Me tragara también al elefante;
Pues, bien visto, si ensancho mi gargüero
Soy capaz de tragarme al mundo entero”.

Tantas baladronadas
A todo pez tenían ya mohíno,
Hasta que un lobo calladito vino
Por entre las oladas;
Observó que la grande tragadora
Apenas anchovetas engullía,
Y a todos avisó que la Señora
Con toda su armazón nada valía.
Fabio, cuenta a tu amigo este pasaje:
Dile que a nadie ultraje
Exagerando su sin par talento;
No vaya a ser que un lobo halle sus tretas,
Y nos haga saber en un momento
Que no puede tragar sino anchovetas.

LOS GATOS

Una gata parió varios gatitos,
Uno blanco, uno negro, otro manchado;
Luego que ellos quedaron huerfanitos
Los perseguía un perro endemoniado;
Y para dar el golpe a su enemigo
No había más remedio que juntarse,
Y que la dulce unión fuese su abrigo.

Van pues a reunirse, y al tratarse
Sobre quién de ellos deba ser cabeza,
Maullando el blanco dijo: "A mí me toca
Por mi blancura, indicio de nobleza".
El negro contestó: "Calla la boca;
El más diestro y valiente mandar debe".

"Malo", dijo el manchado, "si esto dura
Temo que todo el Diablo se lo lleve.
Unión, y mande el digno". "Esto es locura",
Gritó el blanco; y el negro le replica.
Se dividen por fin en dos partidos;
La ira y la turbación se multiplican,
Se arañan, gritan, y a sus alaridos
Acude mi buen perro y los destroza.

Si a los gatos al fin nos parecemos,
Paisanos, ¿esperamos otra cosa?
¿Tendremos libertad? Ya lo veremos…

EL MURCIÉLAGO

Tuvieron su guerra
Cuadrúpedos y aves,
Por mandar aquellos,
Estas por librarse.

El necio murciélago
Creía escaparse
Y aguardaba a unirse
Con el que triunfase.

Dieron un buen golpe
Las astutas aves.
Y el animalejo
Hubo de llegarse;

Pero temeroso
De que al fin quedase
Perdido el partido
Del gremio volante,

Andaba aún hablando
Algo favorable
A los de la tierra,
Por ser más pujantes.

En una victoria
De los ambulantes
Quedó el pobrecillo
Preso entre las aves.

Pero por fin estas
Logran libertarse
Y a mi buen murciélago
Le dan su buen cabe.

Tal es el destino
De aquellos cobardes
Que por ir seguros
Juegan a dos ases.

Si triunfa el tirano,
Esclavos los hace;
Si triunfa el patriota
¿Qué logran?, rascarse.

EL CANTERO Y EL ASNO

Nos dicen ciertas gentes
Que es incapaz el indio;
Yo voy a contestarle
Con este cuentecito.

Bajaba una mañana
Un cantero rollizo,
Repartiendo y lanzando
Latigazos y gritos
Sobre una infeliz tropa
De cargados borricos.
¡Que demonio de brutos!
¡Que pachorra! ... me indigno!
Los caballos son otros,
Tienen viveza y brío;
Pero a estos no les mueve
Ni el rigor más activo.

Así clamaba el hombre;
Mas volviendo el hocico
El más martagón de ellos,
En buena paz le dijo:

"¡Tras cuernos palos! ¡Vaya!
Nos tienes mal comidos,

Siempre bajo la carga,
¿Y exiges así el brío?
¿Y con azote y palo
Pretendes conducirnos?
Y aún nos culpas de lerdos
Estando en ti el motivo?
Con comida y sin carga
Como se ve el rocino,
Aprendiéramos luego
Sus corbetas y brincos;
Pero mientras subsista
Nuestro infeliz destino,
¡Bestia el que se alentara!
Lluevan azotes: lindo;
Sorna y cachaza y vamos,
Para esto hemos nacido".

Un indio, si pudiera,
¿No dijera lo mismo?

LAS ABEJAS

Días ha que leyendo un libro viejo.
Escrito por un hombre de consejo,
Hallé un rasgo de historia
Digno de encomendarse a la memoria.
El suceso, no hay duda, es muy extraño:
Pero es preciso que se cuente este año.

Dicen que las abejas *ab initio*
No supieron portarse con el juicio
Y buen arreglo de hoy, ni lo pensaron;
Pero aquellas catorce que lograron
En tiempo del diluvio entrar al arca,
Curiosas observaron que el Patriarca
Dispuso en ella todo cuanto había
Con arte y simetría.

Aquí lobos voraces, allí ovejas:
Más allá perros, gatos, comadrejas,
Elefantes, ratones y mosquitos...,

En otra parte lindos pajaritos,
Jilgueros, gallos, garzas, grullas, gansos;
En otra división trigo y garbanzos,
Maíz, arroz, cebada...
¡Qué cosa tan bien puesta y ordenada!

A todas agradó su providencia.
Juntándose por fin en conferencia,
Dijo la más antigua: "Compañeras,
Confieso la partida: muy groseras
En gobierno y costumbres hemos sido.
Nunca en comunidad hemos vivido.
Nadie pensó sino en pasar el día.
Tal vez no faltaría
Quien desease el orden; pero en vano;
Cobijada en la rama de un manzano.
O metida en las pajas de algún techo,
Jamás hacía cosas de provecho,
Ni era dable que a todas persuadiese.
Mas hoy, que este embarazo no se ofrece
Y hemos de ser raíz de toda abeja,
Yo como la más vieja
Soy de sentir que luego que salgamos
Una sola familia compongamos,
En una sola casa: las menores,
Como que tienen fuerzas superiores,
Miel y cera de flores exquisitas
Cojan, en tanto que las viejecitas

Ordenamos las cosas de gobierno.
Y para que este entable sea eterno
Pondremos una maestra de novicias".

"¡Gran cosa! ¡Bueno! ¡Albricias!",
Gritan todas; y el plan verificaron.
Más vieron fenecer sus alegrías,
Porque dijo de agravio en pocos días
La incauta juventud: "El remo todo
Se nos carga, de modo
Que ya nuestro vigor se debilita:
Más de una hora de sueño se nos quita.
Como ellas tienen seca la cabeza,
Nos despiertan temprano". "¡Qué simpleza
De muchacha!", dijo una mamantona:
"Lo de hoy mira y pregona,
No hagas cuenta de ayer ni de mañana;
Mañana mandará la que hoy se afana,
Y mil males de ayer hoy no subsisten,
Y por fin, males hay irremediables
Que por un bien mayor son tolerables".

En reclamar no insisten:
A todas las convence con tal ciencia,
Tanto acierto, energía y elocuencia,
Que su error las menores conocieron
Y sin más regañar se sometieron.

Ciudadanos: Dios solo
Puede mandar del uno al otro polo
Sin defecto ninguno;

Y así aquel importuno
Que se lo quiera todo muy cumplido
En el nuevo gobierno establecido,
O algún descuido entre hombres no perdona,
Relea el texto de la mamantona.

LAS COTORRAS Y EL ZORRO

Más de cien cotorras
Haciendo gran ruido,
A robar volaban
A cierto sembrío.
El que lo cuidaba
No estaba muy listo,
Pero acudió luego,
Porque oyó los gritos;
Y ni un grano cogen
Los animalitos.

"Si son muy salvajes",
Impaciente dijo
Un zorro que estaba
Por allí escondido.
"Yo robo mis pollos

Pero despacito;
Los gritos despiertan
Al fiero enemigo;
Solo con silencio
Se logra buen tiro".

Dijo bien el zorro,
Yo también lo digo.

Fábulas quechuas

EL PUMA I EL ZORRO

Atrapó una hermosa llama un puma, i después de hartarse enterró el resto para su cena. Un zorro que lo estaba acechando, no bien le vio partir, descubre el tapado e hizo un opíparo desayuno con la reserva del puma. Este, que regresa cuando el Sol daba sus últimos chisporroteos, se pone rabioso al encontrarse con que había desaparecido su comida, y base en pos del ladrón.

Vagando sin rumbo, dio con un zorro profundamente dormido. El bufón puma a fin de interrogarle por el hurtador, quiso despertarlo. Formó un manojo de pajas, con el cual se puso a cosquillarle el hocico. El zorro en la creencia de que se trataba de moscas, las ahuyentaba con el rabo, prorrumpiendo socarronamente: “¡Afuera moscas, que acabo de arrebatar su presa al león!” Así se descubre al puma, que cogiéndole por el cuello castigó su osadía, estrangulandolo.

El jactancioso hablador por su boca se condena.

EL ZORRO Y EL SAPO

—Como yo nadie corre: acaban de perseguirme cinco rangalidos perros y me veo aquí como si tal cosa no hubiera acaecido. ¿Qué sería de ti en un percance análogo al que acabo de pasar?, decíale cierto zorro a un sapo.

—Señor zorro, es preciso no ser tan jactancioso ni alabarse tanto, que, acaso, me atrevería a apostarle una carrerita.

—¡Desgraciado! Tú no haces otra cosa que saltar en el mismo sitio y no avanzas. Se burlarían de mí al verme disputando a correr contigo. Pero voy a darte gusto quitándote de la cabeza tan descabellada pretensión a fin de que te infles menos cuando gritas.

—¡Ah señor orgulloso! Yo grito en verdad, pero vos ladráis. ¡Qué diferencia existe en nuestra voz! A mí me conocen y no me huyen; pero quién no se ahuyenta, cuando ¡car... car! vaga Ud. Por lomas y quebradas? ¡Ah demonio de carcaria alabancioso!

—Déjate de insultos que entre personas decentes se arreglan las diferencias con buenas palabras. ¿Estás dispuesto, señor volador, a portarte?

—Si es así, hasta mañana. Al día siguiente se presentó se presentó, el sapo con un hermoso perro llamado Yanajaracha como juez y el zorro suplicó a un Agroi le sirviera de testigo. Dada la voz de partida, el zorro salió a todo escape por sobre las yerbas y malezas; pero no bien había recorrido un corto trayecto cuando oye que gritan ¡huac!

—Se me ha adelantado el sapo, murmuraba el zorro, y apura; más un nuevo ¡huac! i otro i otro más, y seguía el ¡huac! ¡huac! del sapo, hasta que sin alientos llegó a la meta, donde le repetía: ¡huac!Avergonzado el zorro confesó la partida, excusándose con que se le habían enredado las piernas en las yerbas; pero que era otra cosa tratándose de correr cerro arriba. ¿Cómo sucedió eso?

El astuto sapo había apostado en toda la travesía de trecho en trecho a manera de shasquis a sus compañeros ocultos bajo la yerba, con la consigna de dar la voz a medida que notaran se iba aproximando el zorro. Para un zorro sabiondo hay un sapo malicioso.

LA HUACHUA Y LA ZORRA

Preguntaba a la huachua una zorra el por qué sus hijuelos tuvieran las patitas coloradas.

—Sabrás que yo acostumbro ponerlos sobre las brasas, i el fuego se las enrojece. Hízolo así la zorra, que deseaba para sus hijos patitas encarnadas y los infelices cachorritos sucumbieron no dejando más recuerdo que sus cenizas.

Encolerizada la zorra, buscaba a la malvada huachua; pero ésta que la vio venir, puso a las espaldas sus polluelos y de un vuelo cayó al otro lado del río. Así se libró de la zorra poniendo el río por medio, mientras ésta buscaba un paso, en la imposibilidad de vadearlo.

Esto nos enseña que debe uno estar satisfecho con aquello que la naturaleza le otorga.

EL HERMANO CODICIOSO
(El origen del venado)

Habitaban la misma casa dos hermanos: uno rico y otro pobre, con sus respectivas mujeres e hijos. Un día que el rico con muchos convidados festejaba el corta pelo de uno de sus hijos, se asomó el pobre. Le ve uno de los invitados y pregunta:

—¿No es ése tu hermano? ¿Por qué no le haces pasar?

—Ese, es un doméstico.

Oyólo el pobre, lleno de aflicción por el desprecio que de él hacia su hermano, decidió abandonarlo y se fue como de costumbre en busca de chicash, único alimento con el cual sustentaba a su familia. Detúvose en la puna a descansar sobre una eminencia, lamentándose de su mala fortuna, cuando oye que ésta le hablaba, consolándolo e indicándole siguiera un camino que le conduciría a una gran cueva y que llamara. Siguió las indicaciones de la peña hasta la cueva, donde encontró un anciano venerable, el que le dio una piedra, diciéndole que se regresara con ella, sin desprenderse nunca.

Caminaba de prisa, pero una noche lóbrega le impidió proseguir su marcha: buscó refugio en una cueva, para pasar la noche, con su piedra a las espaldas. Le era imposible conciliar el sueño por el hambre y el pesar; nuevamente quejábase de su fatal destino, cuando dormitando escuchó este diálogo entre la peña, la puna y la pampa.

Preguntábale la puna a la peña, por qué lloraba ese hombre.

—El pobre llora porque su hermano rico lo ha despreciado.

La pampa interrogaba por su parte:

—¿De qué se queja ese infeliz?

—De su hermano rico que lo tiene muerto de hambre —respondía la peña.

—Pues entonces yo le daré mazamorra de maíz blanco.

—I yo —dice la cueva—, de maíz morado.

—I yo —dice la peña—, de maíz amarillo.

Despierta sobresaltado y se encuentra con tres ollitas, las que devoró, procurado sobrar un poco de cada una, para su familia. I se quedó profundamente dormido. Al amanecer disponíase a continuar su marcha, pero le fue imposible levantar el atado por su enorme peso; lo descubre, y no sin sorpresa nota que la mazamorra de maíz amarillo se había convertido en oro, la de maíz blanco en plata y la de morado en cobre.

Dejó enterrada una parte y marchóse contento a su casa, donde refirió a su familia lo que le había acontecido.

El rico al descubrir que su hermano había enriquecido bruscamente, le acusó de ladrón. Para comprobar su inocencia le contó todo lo que le había sucedido; relato que no hizo sino despertar su codicia, y esa misma noche se encaminó a la cueva donde el anciano, recibió la piedra, y quedóse dormido. Le dio cuernos la peña, la pampa pelos, y la puna rabo, con los que al despertar quedó completamente transformado.

Llega a su casa, lo desconoce su mujer, que le echa los perros. Desde entonces trocado en venado va huído por las pampas i punas.

EL ZORRO, EL CÓNDOR Y EL CERNÍCALO
(El fin de un fatuo)

A un zorro oletón conocido como el perrito de toda boda, le dieron la noticia de que se preparaba una gran festividad en el cielo, y en su porfiado empeño de husmear, se encaminó en busca de su amigo el cóndor, para que lo condujera allá. Llegado que hubo a la madriguera de su compañero de rapiña, mui cortés i reverenciosamente le dice:

—¡Compadre! Pláceme saludarlo y a su vez rogarle me lleve al cielo, adonde he sido invitado para tocar la guitarra en la gran fiesta. El cóndor que le debía favores le contestó:

—Con muchísimo gusto le serviré de rocinante, pero usted me remunerará con dos llamitas tiernas, porque tan gordo como está usted debe pesar mucho.

—No, solamente dos, compadre, serán cuatro. Cerrado el convenio, el cóndor echóse a cuestas a su compadre, recomendándole se abrazase bien i cogiera la vihuela con los dientes. Emprendieron el vuelo dejando abajo árboles y cerros hasta perderse en las nubes.

Hendiendo ufanos los aires, llegaron a las puertas del cielo, que se abrieron a los golpes del zorro.

Sorprendióse el portero al encontrarse con semejantes huéspedes en aquellos parajes, y preguntóles la causa de su presencia en ese lugar, a lo que repuso el zorro, ser un eximio músico, i haber venido con el exclusivo objeto de alegrar a los espíritus. No dejó de hacerle gracia al viejo la peregrina ocurrencia, e invitólos a que pasaran adelante.

Conducidos ante el coro de los espíritus, el zorro principió a dejar de oír los preludios de un pasa—calle, lo que hizo que los espíritus soltasen la risa a caquinos. Como en ninguna parte faltan bromistas, a uno de los tentadores se le ocurrió emborrachar al músico. Entusiasmado éste con la buena chicha, la fiesta pasó de punto y el zorro, borrachito, comenzó a zapatear al son de la guitarra, entonando con voz meliflua la copla siguiente: Arrímate rechinante para que pase el llanque, i tenga ancho campo adonde extender el poncho.

Ebrio el zorro, ponía oídos de mercader a las instancias del cóndor para regresar; por lo que aburrido éste, levantó el vuelo y se vino a tierra. Al despertar el zorro se vio solo en esa inmensidad, sin su querida vihuela, que se le habían hurtado. Acongojado y temeroso comenzó a llamar y dar gritos conmovedores; pero en vano. Recorría de arriba abajo, i de un lado a otro esas extensas praderas sin ser viviente, en donde

solo crecía paja. Desesperado, no pensando sino en la muerte, ¡y qué muerte! ¡de hambre! Se le ocurre que con la paja podría fabricarse una gran soga i descolgarse por ella. Dicho y hecho; en poco tiempo torció una soga de inmensa longitud que estimó suficiente para alcanzar tierra; ató un cabo al cerrojo de la puerta y arrojó el resto, comenzando su peligroso descenso, alegre y satisfecho de haber encontrado el medio de salir con vida de ese desierto.

A medio camino tropezó con un cernícalo mui atrevido, que comenzó a revolotear a su alrededor rozándole el hocico con las alas y con tono petulante a interrogarle:

—¿I compadre, cómo le ha ido en la mansión celeste?

Infatuado el zorro de haber bailado en el cielo, con mucha prosa se le encara:

—¿Desde cuándo un rangalido como tú, un tan feo avechudo, puede ser compadre de un caballero?

Amostazado el cernícalo le respondió a su vez:

—No son caballeros ni aquí ni abajo, los ladrones de gallinas, hermanos del zorrillo pestífero. ¿Cómo puedes

tú nunca equiparar al que cruza libre los aires con los que van al cielo a roer huesos?

Gruñó de rabia el zorro, lanzó su imprecación altamente denigrante para el quilish, que lleno de ira la arremetió con la soga a picotazos, y la cortó; más el fatuo zorro a pesar de hallarse en peligro, seguía insultándole: ¡nariz torcida!, ¡nariz de cuerno! ¡cuidado con cortar la soga!

No bien siente el zorro que la soga se arranca y se hacía más vertiginoso su descenso, comenzó a dar voces pidiendo le tuvieran misericordia y le tendieran paja o mantas para recibirlo y evitar se estrellase. Nadie escuchó, y fue tan rápida su caída, que antes que percibieran sus alaridos estaba en tierra hecho añicos.

Triste fin el de todos los presuntuosos y palanganas: suben en alas de la amistad y mueren aplastados si se les deja a su propia suerte.

LA HUACHUA Y EL ZORRO

Donde hay uno bueno hay otro mejor. Un zorro muy hermoso de poblada cola y afiladas uñas, con más astucia que un gavilán, hurtó quinua y trigo de un tendal, con el que armó una buena trampa, en cuyas redes cayeron innumerables avecillas. Introdujo a todas dentro de un costal de jerga y llevóselas vivitas a su prole, para adiestrarla en el arte de la cacería al vuelo. Caminaba taciturno y encorvado por tanto peso, hasta que no pudiendo más a media jornada, resolvió dejar la carga en casa de su comadre espiritual, una señora alta y bien parecida, de plumaje blanco y pata colorada, moradora a orillas de una gran laguna. Entablóse entonces el siguiente diálogo:

—Comadre huachua, te dejo esta carga para que me hagas el favor de guardármela hasta mi regreso; pero sin tocarla; será un favor que te lo agradeceré en el alma.

—Compadre zorro, no tengo inconveniente en servir a un tan apuesto e inteligente caballero. Dio las gracias el zorro y partió alegre, dejando el saco. Sola la huachua, curiosa como buena mujer, desata el nudo que aseguraba el saco i ¡zas! ¡Oh sorpresa! empluman un gran frailesco, gaviotas, zorzales i gorriones, i toman las de villadiego. Desaforada el huachua, a aletazos

pretendía impedir la fuga; pero fue en vano, porque ninguna quedó.

Jamás huachua alguna se vio en trance tan amargo. Daba graznidos lastimeros i extendiendo sus pesadas alas corría desalentada de un sitio a otro, lamentando su desgracia y pensando a la vez en la venganza que tomaría el astuto de su compadre. Pasado su aturdimiento le vino una feliz inspiración i se decidió a ponerla en práctica, llenando el saco de espinas, que cuidadosamente cubrió con yerbas y otras malezas. Al crepúsculo, cuando el Sol majestuosamente comenzaba su descenso tras las colinas, regresó el zorro, y como no estuviera presente la comadre, échase a cuestas su carga, y marcha en dirección a su cueva. Más, siente sumamente pesado el saco, y sobre todo que le pinchan los lomos; pero soporta impasible los hincones, con la ilusión de que poco la falta para llegar a la casa, donde tomará suculenta cena en unión de la señora y sus cachorritos.

Caminaba corcoveando con su carga i exclamando: ¡Ay! cómo me hincan las uñas de los pajaritos, ¡ay, cómo me punzan las patas de los pajaritos! Impaciente por su tardanza, le esperaban en el dintel de la cueva, la zorra y sus hijuelos, que al verle, locos de contento saltan, brincan, se aparragan, se revuelcan, i la mui

señorona muellemente recostada lamía y relamía llena de satisfacción su afilado hocico.

El fatigado zorro siempre gruñendo exclamaba: ¡ay cómo me punzan las patas de los pajaritos! Llegó a la feliz morada, i cual una avalancha precipítanse sobre el magnífico presente, madre e hijos, para aligerar tamaña carga, pero retroceden cariacontecidos al contacto de las uñas de los pajaritos.

El zorro ensangrentado y muerto de cansancio arrojó su carga al suelo ordenando antes se coloquen en acecho en la entrada para evitar la fuga de las palomitas i gorriones, i se abalanzasen a su voz de mando. Vacía el saco y a la voz de orden lánzanse sobre la yerba que lo cubría, pero ¡oh dolor!, ¡qué chasco!, no había tales zorzales ni palomitas, solo enormes matas de espinas llevan prendidas en el hocico y manos.

Quedaron desconcertados y dando aullidos lastimosos y enternecedores. Pasaron la noche, hambrientos, doloridos y heridos, relamiéndose el hocico, lamentándose de su mala fortuna y de su mala suerte. Caviloso el zorro, pensó en vengarse; más no regresa en el momento temeroso de poder dar caza a la comadre para castigar tan inicua broma sino que, pasados dos días, se presentó en las cercanías de la

casa de la comadre, jurando interiormente comérsela en unión del ahijado. Pero ésta no bien distingue al compadre, de un vuelo se precipita a la laguna en la que, tal era su miedo, no se creía todavía segura i dando zabullones se internaba hacia adentro. El mui resabido del compadre le decía a gritos que había regresado con otro encargo para suplicase se lo guardase i le juraba, por el santo bautismo de hijo, no le guardaba rencor ni tomaría venganza por la broma que le había jugado. La huachua, que en más de una ocasión había escapado con vida de las caricias apetitosas del compadre, no dio crédito al tono hipócrita de su socarronazo compadre, sino que seguía nadando y zambulléndose, i cada vez más adentro.

Desconcertado y violento el zorro, propúsose desaguar la laguna i dio comienzo a su tarea: con patas y hocico rasguñaba el suelo, resuelto a abrir una zanja; pero de pronto hubo de renunciar a su temerario empeño porque se le gastaron las uñas y le acometió el cansancio.

Piensa en otro medio, i como la cólera lo ciega, resuelve beberse toda el agua de la laguna, i bebe; pero bien pronto se convence que el agua se le salía del mismo modo que entraba, así que se decide a taparse el ano, para lo que coge una coronta y se tapona. Obstruido

el canal de salida, loco de furia, con más ardor bebe y bebe el agua, sin meditar que esta nueva zorrada le va a ocasionar la muerte, porque inflándosele el vientre revienta como una vejiga llena de aire. En sus agonías prorrumpía en lastimeros ayes y tiernas imprecaciones, que el eco repetía:

¡Huachua, huachua de pata colorada!, todavía me hincan las uñitas de los pajaritos, ¡ay!, ¡ay!, me punzan las patas de los pajaritos!

Hermoso apólogo que nos enseña, que nunca debemos ejercitar venganza, y que la cólera es muy mala consejera.

LA LORA Y LA ZORRA

Anhelosa una zorra por conocer la luna, rogó a un cóndor le colocara una soga, por la cual pudiera llegar hasta ella. Trepaba, mirando a todas partes, ufana de poder transportarse hasta la Mama luna, cuando escucha que alguien se reía: ¡ja, ja, ja! ¡ja, ja,ja!

¿Quién será aquella disforzada que así se burla de mí? Cruzaba el espacio, pesadamente, una lora lanzando sus chirridos que los tomaba la zorra por mofa; encolerizada contesta a su vez: ¡ociosa lora! ¡lora patituerta! ¿Quién eres tú para burlarte de mí? Seguía ¡ja, ja,ja! La lora, en tanto la zorra colérica la insultaba: ¡lora poltrona! ¡ociosa lora!

Rabiosa la lora, al verse ofendida, se abalanzó contra la soga y la cortó. Desesperada la zorra caía entre las nubes pidiendo a gritos la recibieran en mantas; pero como nadie la escuchara, la infeliz se estrelló en tierra.

EL CÓNDOR Y EL ZORRO

Discutían acaloradamente un zorro y un cóndor sobre sus fuerzas y aptitudes respectivas para desafiar la inclemencia de las punas.

—¿Hablas de resistencia, decíale el cóndor al zorro, cuando te veo acurrucado i hecho un ovillo los días lluviosos, encerrado en la cueva, tú y tu prole, royendo huesos i pereciendo de hambre?

—¿Y vos cófrade, a quien ni se ve, escondido en su escondrijo empollando como una gallina clueca, cree ser más capaz que yo?

—Para mí, replicó el cóndor, con tender una ala i cubrirme con la otra me basta, en tanto que tú...

—¿Yo?... en mi cola llevo abrigo y protección. No pudiendo convencerse con razonamientos, como sucede casi siempre que se disputa, acordaron apelar a los hechos.

—Pues bien, arguyó el zorro, vamos a quedarnos toda una noche al raso, soportando la intemperie, con una condición: el que se retira pierde la apuesta y será pasto del que permanezca en pie.

—¡Aceptado!, pero tempestuosa ha de ser agregó el cóndor.

—Choca, exclamó el otro. I fijaron plazo. Llegada la estación de las tormentas, cierto día en que nubes grises se amontonaban como torbellinos de humo, fuese volando el cóndor en busca del zorro. Comenzó, luego, una furiosa tempestad: los relámpagos difundían destellos iluminando el firmamento, y los rayos, uno tras otro, describiendo tortuosos zigzags rasgaban las nubes i estallaban con fragor sobre las cumbres, cuando el cóndor, al resplandor de un relámpago, descubre a su contrincante, erizados los pelos y desprendiendo chispas, aprestandose a huir, pero detiénese a la llamada y, quieras que no quieras, hubo de aparejarse para dar cumplimiento a lo pactado. Llovía a cántaros, rotas las nubes se precipitaban como cataratas desprendidas de lo alto y torrentes de agua inundaban el campo, cuando ellos fieles al convenio disponíanse a pasar la noche de claro en claro, anhelosos que asomase la aurora.

De pie el cóndor sobre un montículo, sin muchos preámbulos, extiende el desnudo cuello y levantando el ala, introduce su encorvado pico dentro de él. A su vez, el zorro aparragado en el humedecido suelo, oculto el hocico entre las patas, arrebujábase como podía, guareciéndose bajo su copioso rabo.

Mientras el impasible buitre desafiaba la lluvia que chorreaba i resbalaba por su reluciente y apretada plumazón; al desventurado zorro empapábale él ya estropeado pelaje, infiltrándose sin reparo aun por sus punteagudas y rígidas orejas. Remojado su encallecido pellejo, que ha tiempo el frío le tenía como carne de gallina, sin rehuir, herido en su amor propio, manteníase firme en la lid. Prorrumpía de vez en cuando en lastimeros aullidos: Alalau (¡Ai que frío!) i con voz más desfalleciente gemía: Alalaú (¡me muero de frío!)... ¡A... la... laú... úúú...! Huararaú, respondía jactancioso el cóndor i pasada la noche, el alado rei, yérguese, arruga el penacho de su coronado pico i purpúreo cuello, sacude su alba cola y renegrido manto, i con paso imponente dirijíase adonde había dejado a su rival, el que, aterido de frío i yerto, yacía sin vida.

¡Triste fin de los presuntuosos obstinados!

ÍNDICE

“Jamás huachua alguna se vio en trance tan amargo. Daba graznidos lastimeros i extendiendo sus pesadas alas corría desalentada de un sitio a otro, lamentando su desgracia i pensando a la vez en la venganza que tomaría el astuto de su compadre...

Colección
Lima Lee

